



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9658

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 12 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NO VEDADES

EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastrés y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económica.—Mosáicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.—PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

LAS ILUSIONES.

I

¿Quereis conocer á mi pobre amigo Luis, á la memoria del cual están dedicadas estas líneas? pues ahí va su retrato; un corazón noble como ninguno y una inteligencia clara como pocas.

Y nada más.

Materia, la menor cantidad posible; la precisa para dar vida humana á aquel sér, en el que la parte espiritual todo lo dominaba y absorbía.

Juntos hicimos los primeros estudios, y recuerdo que siempre fue el primero entre los primeros, el sobresaliente entre los sobresalientes.

Todos le admirábamos, pero ninguno le envidiaba. ¡Era tan modesto, tan sencillo, tan bueno!

Desde el primer momento nos comprendimos y nos amamos; en el colegio nos llamaban *los inseparables*. ¡Qué confidencias nos tenemos hechas bajo las bóvedas de aquellos claustros y á la sombra de los corpulentos árboles de aquel jardín! ¡Cuan otra hubiera sido nuestra suerte, si se hubiesen realizado todos los hermosos proyectos allí fraguados!

Al par que yo le refería mis proyectos y esperanzas, él comunicaba sus ilusiones. ¡Qué caudal tan rico atesoraba de ellas! Y era natural; todo le sonreía.

—Yo soré mucho,—decíame con los ojos brillantes por el entusiasmo.—Seguiré una lucida carrera, me dedicaré á la política, escribiré versos, novelas y dramas; ya vereis lo que hago.

Yo le escuchaba convencido de que lograría cuanto se propusiera. ¡Confíaba tanto en sus fuerzas! Luis era un poeta en toda la extensión de la palabra, y aun hoy, cuando por casualidad leo alguna de sus composiciones que de aquellos tiempos guardo, me admiran los pensamientos que entre sus incorrecciones y defectos brillan.

En un mismo día nos graduamos de Bachiller, y en un mismo día salimos de aquella casa donde quedaron los recuerdos de nuestros mejores días, y tal vez, con ellos, la tranquilidad y la calma.

Cuando nos abrazamos y despedimos, quizá para siempre, él reía; yo lloraba. Era que salíamos al mundo de manera muy distinta. A mí, se me presentaba un porvenir negro y sombrío; á él, alegre y hermoso. A mí, me empequeñecían mis propios temores; á él, le daban ánimo sus ilusiones.

II

Pasaron los años (que nada pasa en este mundo con tanta velocidad como el tiempo) sin que yo tuviese noticias de Luis. Prometió escribirme y no lo hizo; no me extrañó; ¡Era tan indolente!...

Concluí mi carrera, fui á Madrid á establecerme y allí lo encontré; habían muerto sus padres, estaba en plena posesión de su fortuna y, era rico, muy rico, demasiado rico. ¡Cuántos vivían á costa de su liberalidad y sus riquezas!

—¿Qué has hecho desde que no nos vemos?—le pregunté.

—Nada,—me contestó con indiferencia.

Y era verdad, ni había estudiado, ni había hecho otra cosa que soñar mucho y recrearse con sus ensueños. —Pero no creas,—añadió á renglón seguido, con el mismo entusiasmo de otras veces;—pienso hacer mucho.

Y me comunicó sus proyectos, alentados por ilusiones más exageradas y extravagantes que nunca. Me hicieron daño sus confidencias, porque comprendí lo que nunca había ni sospechado: que sus ilusiones eran su principal enemigo. Las concebía con vehemencia, las conservaba con cariño, su imaginación soñadora las iba extremando hasta convertirlas en irrealizables, y, naturalmente, cuando de esta manera elaboradas pretendía llevarlas á la práctica, resultaban imposibles, utópicas, y venían el desengaño, el desaliento y el cansancio. Después de esto, un período de calma, de transición, de marasmo, y luego, como el *fenix* mitológico, de entre las aun calientes cenizas de aquellas muertas ilusiones, surgían otras nuevas de orden distinto; y vuelta á exagerarlas, y vuelta á consagrarse á ellas con nuevo entusiasmo, y vuelta á las decepciones, y á los desalentos, y tal vez á las dudas, el peor y más insoportable de los suplicios. De aquí su inacción durante aquellos años; la realidad del mundo no correspondió á las ilusiones concebidas en el retiro de nuestro colegio, y hubo que forjar nuevas, y luego otras, y luego... ¡Dios sabe cuantas!

III

Al ver el mal estado de su fortuna, casa aniquilada por los despilfarros y las liberalidades, dije un día á Luis:—¿por qué tú, que tienes talento, no estudias una carrera?

—¿Para qué?—me contestó.—¿para morir de hambre? ¡Vaya un porvenir! Eso es bueno para los que como tú tienen modestas aspiraciones; yo no me conformo con tan poca cosa; necesito más, mucho más.

—¿Y como vas á conseguirlo? —Muy fácilmente. ¿No lo han conseguido otros con la política ó con la pluma? ¿Valgo yo acaso menos que ellos?

—Si te decides á trabajar... ¡quien sabe! Pero eso puede ser largo.

—El que vale, pronto se abre camino.

Quise insistir y se enfadó; tres veces volví á su casa después de esto, y ninguna de ellas fui recibido.

IV

Pasó más de un año sin que nos viéramos; ni él fue á mi casa, ni yo volví á la suya, resentido por sus desaires. ¡Cuanto me ha pesado después este resentimiento!

Una noche fría y lluviosa iba yo al teatro, pensando en Luis precisamente, cuando al volver una esquina me lo topé cara á cara. ¡Qué cambiado lo encontré! Descolorido, ojeroso, delgado... ¡trabajo me costó el reconocerle. El, ó no me río, ó lo fingió al menos.

—¿Luis!—exclamé.

Fijó en mí su mirada, con una expresión, que me hizo daño; vaciló un momento, pero al fin se arrojó en mis brazos. El infeliz temblaba, no sé si de emoción ó de frío.

—Vengo,—me dijo,—de ver á d... (aquí el nombre de un personaje político) ¿querrás creer que no me ha recibido? ¡Y eso que me debe los discursos que tanto le aplauden y los artículos que todos le elogian!

Quise contestarle, y él me interrumpió diciendo:—El otro día presenté un drama al director de *tal* teatro, y me lo ha devuelto sin leerlo; y vale, te lo juro, vale tanto por lo menos como la mayoría de los que hoy se representan y aplauden.

—Ten paciencia,—fue lo único que se me ocurrió decirle.

—¡Paciencia! ¿y cómo?... Necesito vivir ante todo.

—¿Acaso tu fortuna...?

—¡Estoy arruinado!

—Pues vente conmigo; mientras yo tenga casa, la tienes tú también.

—No; hasta ahora no he pedido nada á nadie, pero pediré; hay muchos que tienen la obligación de socorrerme. ¡Tantos han vivido á mi costa! Mis amigos me ayudarán, escribiré una obra tal, que no tengan otro remedio que representarla, y desenmascararé á esa canalla que me abandona después de deberme su fortuna y su nombre. Yo te aseguro que has de oír hablar de mí.

Y echó á correr calle abajo sin que pudiera detenerle.

V

«Si eres todavía mi amigo, ven inmediatamente á verme», me escribía Luis en una tarjeta que recibí á los seis ú ocho meses de nuestra última entrevista. Me la mandaba desde el hospital; corrí á su lado, y los ojos se me anegaron en lágrimas al verle.

—Esto se acaba,—dijo estrechándome las manos.—Todos me han abandonado, todos menos tú. ¡Y el caso es que si yo viviera haría tantas cosas!... Pero ya es tarde.

Lo miré asombrado; ¡aún tenía ilusiones!

Sus últimas palabras—¡aún me parece estarlas escuchando!—fueron las siguientes:

—¡Si el mundo conociera mi historia, no me admiraría como un genio, pero acaso me respetara como á un martir!

Era su última ilusión. ¡Qué le importan al mundo las penas y los sufrimientos de un ser oscuro é ignorado!...

¡Pobre Luis! Pudo ser mucho y no fue nada. ¡Todo por sus ilusiones!

Yo no diré si miente ó no miente la generalidad del vulgo cuando dice que «las ilusiones son el bálsamo que cura las heridas abiertas en la lucha de la existencia, y el móvil que impulsa al hombre en pos de un porvenir»; cito solo el ejemplo de mi pobre y desgraciado amigo, para que los psicólogos lo estudien y analicen.

A. CONTRERAS.

116 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

lidad propias de una noche hermosa, dijo el mayor á media voz. Que bella nos pareciera esta escena, Cora, en cualquier otro momento. Imaginás estar en completa seguridad, y lo que quizá aumenta actualmente nuestro terror, sería en cierto modo un goce.

—Escuchad! exclomó Alicia.

Este aviso era inútil. El mismo grito, repetido por tercera vez, acababa de oirse; parecía salir del seno de las aguas de enmedio del lecho del río, y desde allí era llevado á los bosques cercanos, y repetido por los ecos de las rocas.

—Hay aquí alguien que pueda dar nombre á tales sonidos? dijo el cazador: en tal caso que hable, pues por lo que á mí hace, creo que no pertenecen á la tierra.

—Sí; hay aquí alguien que puede desengañarnos, dijo Heyward. Ahora reconozco perfectamente ese grito; lo he oído más de una vez en el campo de batalla, y en diversas ocasiones que suelen presentarse en la vida del militar: es el grito horrible que lanza un caballo en la agonía; es arrancado por el dolor, y algunas veces también por un terror excesivo. O si un caballo es presa de algún animal feroz, ó se vé en peligro sin medio de evitarlo. He podido no conocerlo cuando estábamos en la caverna, pero al aire libre, estoy seguro de que no me engaño.

El cazador y sus dos compañeros escucharon esta

EL ULTIMO MOHICANO.

explicación tan sencilla, con la alegría de gentes que ven sucederse en su imaginación nuevas ideas, á otras mucho menos gratas que la ocupaban. Los dos salvajes lanzaron una exclamación de sorpresa y placer, y Ojo de Halcón después de reflexionar un momento, respondió al mayor:

—No puedo negar lo que afirmas, porque no entiendo absolutamente nada de caballos, aun cuando estos no faltan en el país en que he nacido. Es posible que haya una manada de lobos en el peñasco que está encima de su cabeza, y las pobres criaturas piden el socorro del hombre, lo mejor que pueden. Duncan, bajad por el río en la canoa, y arrojad un tizón encendido en medio de esa bandada furiosa, porque sino el miedo hará lo que los lobos no puedan conseguir, y nos encontraremos mañana sin monturas, cuando tengamos necesidad de viajar de prisa.

El joven gefe había ya descendido á la orilla del agua y se preparaba á meterse en la canoa para ejecutar esta orden, cuando grandes abullidos que partían del borde del río y que se prolongaron algunos minutos hasta que se perdieron en el fondo de los bosques, anunciaron que los lobos habían abandonado una presa que no podían alcanzar, ó que un terror súbito los había puesto en fuga. Uncas volvió á reunirse con los demás, y tuvo una nueva conferencia en voz baja con su padre y con el cazador.

120 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

escapaba, y el más atento examen no hubiera podido decir si respiraban. Era evidente que esta circunspección, excesiva en apariencia, se debía á una experiencia que toda la astucia de sus enemigos no podía engañar! apesar de todo, su vigilancia no les hizo descubrir ningún peligro. Por fin la luna descendió hacia el horizonte, y se presentó una debil claridad, empezó á aparecer por encima de los árboles, en un recodo que hacía el río á poca distancia, anunciando que la aurora no tardaría en llegar.

Entonces, una de aquellas escátuas se animó: el cazador se levantó, se deslizó á lo largo del peñasco arrastrándose, y despertó al mayor.

—Es ya tiempo de ponernos en camino, le dijo; despertad á las señoras, y estad listos á montar en la canoa cuando os dé la señal.

—Habéis tenido una noche tranquila? le preguntó Heyward? en cuanto á mí, creo que el sueño ha triunfado de mi vigilancia.

—Todo está aun tan tranquilo como lo estaba á media noche, respondió Ojo de Halcón. Silencio y prontitud.

El mayor se levantó enseguida, y separó el chal con que había tapado á las dos hermanas. Este movimiento despertó de medias á Cora, que extendió la mano como para rechazar al que turbaba su reposo, mientras que Alicia murmuraba con voz dulce.—